GREGORIO LURI

LA DIGNIDAD DEL MEDIOCRE

PEQUEÑA FILOSOFÍA DE LO INACABADO

Gregorio Luri

La dignidad del mediocre

Pequeña filosofía de lo inacabado

© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 173

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
Impresión: TG-Madrid
ISBN: 978-84-1339-250-9
Depósito Legal: M-19890-2025
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Declaración de intenciones 9
Cuentos de Calleja 11
Hegesias de Cirene 13
La suerte de ser mediocre 15
El vino rojo brilla 17
Vocabulario excursionista de la filosofía 20
Olvidarse de uno mismo y perderse 23
Una manzana nos sale al paso 25
La tentación de la fuente 26
Una manzana en tránsito 28
Delimitar el mar 30
De definiciones (o *De divisionibus*) 32
Aspiración y deficiencia 34
Naturam expellas furca 37
Ver es captar la unidad en la apariencia 39
Nihil domesticado 41
El principio *evergeta* 44
Toda ciencia trascendiendo 46
El club de los suicidas 48

La manzana, la vida, la muerte 50
Sade o el bárbaro ilustrado 52
Nihilismus, el caballo de Sissi 54
El *dator formarum* 56
Demócrito y Heráclito 58
Nos han dejado a medio hacer 60
Heidegger 61
Sacar fuerzas de flaqueza 63
El no-ser de la manzana 65
La unidad del alma y Europa 67
Sócrates, eterno dialogante 69
El Todo 71
La singularidad noética de las cosas humanas 73
¿Y tú dónde estabas? 75
La verdad de la isla 76
Satán llora sobre el mundo 78
Insistiendo en la ensambladura 80
El entrambos y lo ilimitado 82
Las vacas negras 83
Hegel y el saber del límite 86
La oscuridad moral 87
Estos dos principios gobiernan el mundo 89
El logos de las cosas humanas 92
Ad imaginem et similitudinem nostram 94
El ser es *dínamis* 95
De las «verdades redentoras» 97
Si estás navegando frente a Maine… 100
Las imágenes que proyectamos sobre nosotros mismos 103

El cuidado del alma mediocre 104
Binarismo y diferencia 107
Lo que permanece 110
Tres fragmentos 113
Intemporalizar el tiempo 115
Pensar el gris 118
Tener miedo al hombre 120
Ni el sol ni la muerte se pueden mirar cara a cara 122
La angustia se cita en Davos 123
La caza como *zétesis* 126
Una grande emoción 128
Tò aganaktêtikón 130
El Buda de la playa de Ocata 134
La apariencia de una isla 137
Sobre la fe en la fe 141
El mundo de la vida y sus verdades 142
Después de la orgía 144
Cuando nada importe, decide que algo importa 146
Estoy decidido, pero no sé a qué 148
La vida no se nos entrega como un bloque de arcilla 151
Enamorarse de lo que la muerte ha tocado 154
De vuelta al filósofo risueño 156
Vivir como un gato o como un cerdo 157
Como arqueros que tienen un blanco 161
La fe del carbonero 164
«Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas» 165
Alas 166
Felice Benuzzi, un deportista 167

De ludo globi 168
Experimentar la belleza..... 170
Una foto muy, muy remota..... 172
Sé fuerte y valiente 173
Ese extraño lugar que es el rostro 174
«Dije al sepulcro: ¡Tú eres mi padre!»..... 176
Coda para cristianos..... 178
La peste 187
Lo que me mató para la vida 189
El borrado de un rostro 190
Dios estaba cansado 191
San Juan acaricia una perdiz 192

DECLARACIÓN DE INTENCIONES

Los humanos somos seres que hemos venido a este mundo a medio hacer, nos vamos de este mundo a medio acabar y no paramos de decir «Yo» mientras pretendemos ser otro.

Diciendo «Yo» sin parar podemos degradarnos —somos el único animal que puede hacerlo voluntariamente— o imaginarnos como artistas empeñados en hacer de nuestra biografía una obra de valor.

No dejamos de proyectar imágenes sobre nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro que, sean realistas o quiméricas, tienen consecuencias verdaderas sobre nuestras vidas. Vivimos en el presente, pero sólo parcialmente, porque nuestro presente siempre tiene el color de nuestras fantasías constructivas del futuro.

Somos, pues, animales metafísicos porque nuestra misma manera de existir es metafísica. Si la persona a la que amamos se vuelve hacia nosotros y nos pregunta por qué la amamos, ¿quién respondería, mirándola a los ojos, que la amamos porque sus feromonas impregnan nuestros receptores olfativos?

No sabemos vivir sin tener alguna idea, aunque sea vaga, de nosotros mismos, pero cada idea es solo un fragmento de lo que en realidad somos. La totalidad de lo que somos siempre se nos escabulle.

Hasta hace relativamente poco nos definíamos por nuestra situación intermedia entre la divinidad y la animalidad. En nosotros —decía santo Tomás— se encuentra el apetito de los animales y el de los ángeles. Hoy estamos elevando a los animales a los altares de nuestra nueva fe al mismo tiempo que enturbiamos los perfiles del hombre. Como se nos insiste en que compartimos el 95 % de nuestro ADN con el mono, tendemos a olvidar que en el 5 % restante se encuentran Einstein y Beethoven, Velázquez, Homero, Alain Delon y Jack el Destripador.

Crisipo, el filósofo estoico, decía que «la naturaleza dio al puerco, en lugar de sal, un alma, para que no se pudriera». Ortega admitió que no conocía una definición «más bella y melancólica del alma», ya que no es otra cosa que «el principio que defiende la materia de la corrupción. El alma es una guerrera incesante contra la inercia»[1]. Su resistencia dignifica nuestra mediocridad.

Somos seres mediocres, pero sensibles a los rumores de las lindes.

Somos seres mediocres pero que poseen, como dice Pessoa, la semilla de sí mismos. Y quizás no poseamos nada de más valor.

Somos seres mediocres porque todo cuanto amamos ha sido tocado por la muerte y por eso mismo nos hiere tanto la fugacidad de la belleza.

---

[1] Ortega y Gasset, J., «Sobre el proceso Rull», O. C. Tomo I (1902-1915), p. 158.

CUENTOS DE CALLEJA

«Nadie nos ha explicado por qué la perfectibilidad es exclusiva del hombre», escribía Rafael Calleja[1], el editor de los cuentos de Saturnino Calleja, su padre. En aquellos reconfortantes cuentos «de a cinco dos», siempre se casaba el joven humilde pero honrado con la hija del rey y todos eran felices para siempre. Pero Rafael ya intuía que, si bien son específicamente humanas tanto la capacidad para la degradación como para la superación, era más fácil descender a favor de la inercia que ascender contra ella. Esta es la tesis que defiende en su truculento libro *Rusia, espejo saludable para uso de pobres y de ricos* (1920). Ve venir el bolchevismo a España mientras los españoles se encogen de hombros, confiados en que una planta tan exótica no podría enraizar entre nosotros. Quisiéramos creer que cuanto más bruto es un hombre, es menos hombre. Pero la posibilidad —no la fatalidad— de ser bruto es algo que poseemos en propiedad los humanos. No somos Sísifo. Hay hombres que, cansados, dejan rodar la piedra cuesta abajo. El auténtico Sísifo es el escarabajo pelotero.

El periódico francés *Le Temps* se hacía eco el 10 de junio de 1908 del rarísimo caso de un varón de treinta años que padecía

[1] Calleja, R. (1929), *Voz y voto,* Editorial Nueva, p. 71.

extrañas manifestaciones de gangrena en el brazo izquierdo. Los médicos, desconcertados, no lograban dar con su causa. Uno de ellos propuso la amputación, a lo que el paciente accedió. Sin embargo, unos meses después le aparecieron señales de gangrena en el brazo derecho. Fue el famoso doctor Georges Deulafoy (puede seguirse su rastro en las páginas de Proust) quien, tras diversas pruebas, dio con la respuesta. El enfermo era un simulador. Él mismo se producía quemaduras en los brazos con sosa cáustica porque sus enigmáticas llagas lo convertían en un caso interesante y digno de compasión. Padecía lo que Deulafoy llamaba patomimia.

HEGESIAS DE CIRENE

Hegesias de Cirene, nacido hacia el 300 a. C., fue, como filósofo, un auténtico cenizo. El adjetivo pesimista le queda muy corto. Sus contemporáneos lo llamaban *Peisithanatos* (El que anima a morir).

La felicidad era para él un mero *flatus vocis* que solo conduce al pesimismo, porque la vida, cicatera, siempre da de sí mucho menos de lo que promete. Nuestro cuerpo está infectado de sufrimientos y nuestra alma, de perturbaciones. No importan cuáles sean nuestras esperanzas, el futuro siempre las acabará defraudando, convirtiéndolas en memoria lastimosa. Lo único sensato es quitarse de en medio. Toda su filosofía es una tanatofilia.

Conservamos de él un diálogo descubierto el año 2017 en Herculano, cuyo protagonista es un filósofo llamado Apokarteron, nombre que podemos traducir por «el hombre que quiere disolverse en la nada» o, mejor, por «más allá del límite de tus fuerzas».

Este filósofo ha decidido apartarse del mundo para morir de inanición en lo alto de una montaña que supone inexpugnable. Sin embargo, unos amigos consiguen dar con él e intentan convencerlo de que desista de su propósito, porque pudiera ser que el prolongado ayuno le hubiese enturbiado la razón. Él lo niega rotundamente. El hambre no le ha hecho perder el juicio, sino que su buen juicio le ha despertado el apetito de la muerte. Su caso

no tiene nada que ver con el del rey Eresictón de Tesalia, que por faltarle el respeto a la diosa Deméter fue castigado con una voracidad insaciable. Comiera cuanto comiera, nunca se templaba. Llegó a vender a su propia hija por cuatro trozos de pan y, finalmente, loco de hambre, se fagocitó a sí mismo. Eresictón estaba loco, pero Apokarteron se considera un filósofo sensato que ha llegado a una conclusión razonable: en vez de confiar en un futuro acogedor, asume que el porvenir solo le deparará lo que a todos, abundantes amarguras. El dolor es mucho más fiel que el placer. A veces soñamos con disfrutar de la vida ferozmente, como el león que devora la gacela que acaba de cazar, pero al despertar descubriremos que somos la gacela que el león descuartiza. La mejor vida es, pues, la más corta, porque es la que más dolor nos ahorra. Y la mejor manera de acortarla es el suicidio[1].

Un viejo refrán castellano asegura que «la pena es coja, mas llega». Este podría haber sido el lema de Apokarteron.

[1] https://www.mainlanderespana.com/single-post/apokarteron-el-di%C3%A1logo-perdido-de-hegesias-de-cirene.

LA DIGNIDAD DEL MEDIOCRE

El mediocre es el que se encuentra en medio de una ascensión a una montaña y, porque tiene el camino a medio hacer, puede decidir cómo acabarlo. Por eso los mediocres solo nos comprendemos mutuamente de manera teleológica.

Este libro reivindica filosóficamente el mundo de la vida, la situación natural del mediocre insustituible que somos cada uno de nosotros. Es también una invitación a reconciliarnos con lo que somos: criaturas a medio hacer, seres frágiles que tropiezan, dudan, se equivocan y, sin embargo, guardan en su interior la semilla de lo extraordinario.

Gregorio Luri nos conduce por un viaje filosófico para mostrarnos que nuestra condición intermedia —entre la animalidad y la divinidad, entre el ser y la nada— es, en realidad, la fuente de nuestra dignidad. Un canto a la condición humana, escrito para el mediocre que vive entre cosas que se acaban, pero no puede vivir en lo acabado.

Depósito Legal: M-19890-2025

ISBN: 978-84-1339-250-9

9 788413 392509